

Las nuevas ciencias y humanidades. De la academia a la política*

Pablo González Casanova es autor de obras imprescindibles para el análisis de las realidades mexicanas y latinoamericanas.¹ Convencido de la potencialidad e importancia de la interdisciplina para la transformación del mundo, convocó a lingüistas, historiadores, politólogos, físicos, biólogos, economistas, matemáticos, literatos, comunicólogos, sociólogos, etc., durante el tiempo que estuvo dirigiendo las actividades del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias de Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de

México. Resultado de esos afanes y entusiasmos, y a más de diez años de organizar encuentros y conjugar diversos saberes, nos ofrece una pieza intelectual sin precedentes: *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la academia a la política*.

La obra se compone de cuatro acápitales y un epílogo: "El curso de las ciencias", "Los problemas de la interdisciplina y la complejidad", "La complejidad y contradicciones", "La dialéctica de lo complejo" y "Las nuevas ciencias y la política de alternativas". Con ellos González Casanova nos sitúa en el epicentro de la crisis de los saberes afectados por la revolución científico-técnica que ha trastornado profundamente la división internacional del trabajo y articulación intelectual del último medio siglo. Asimismo nos plantea la urgente necesidad de construir una nueva cultura general y nuevas formas de cultura especializada, con intersecciones y campos acotados capaces de modificar sistemas educativos, la investigación científica y humanística, así como el *pensar y hacer* tanto en el arte como en la política.

La obra desmitifica y polemiza con el desarrollo del *episteme* de las ciencias sociales y humanidades, que

* Pablo González Casanova, *Las nuevas ciencias y humanidades. De la academia a la política*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM/Anthropos, Barcelona, España, 2004, 478 pp.

¹ Pablo González Casanova (1922) es uno de los intelectuales latinoamericanos más destacados de la actualidad, poseedor de una obra académica y política singular. Entre sus obras publicadas destacan: *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en Ciencias Sociales* (1977), *Sociología de la explotación* (1980), *El estado de los partidos políticos en México* (1983), *Imperialismo y liberación en América Latina* (1983), *La democracia en México* (1984) y *La hegemonía del pueblo y la lucha centroamericana* (1984). Con Marcos Roitman, *La democracia en América Latina. Actualidad y perspectivas* (1995); con Samir Amin, *La organización capitalista vista desde el sur* (1995), *Mundialización y acumulación* (1995) y *El Estado y la política en el sur del mundo* (1996).

formaron sus rutas principales durante el siglo XX sobre los aportes europeos del siglo XIX. En ellas perviven mitos históricos que se alimentan recurrentemente desde las esferas del poder y de las clases dominantes, como el progreso, la modernización, el racionalismo, la objetividad, la cuantificación positiva y la historización de los fenómenos, muchos de los cuales contribuyen a reducir la complejidad analítica y teórica en las ciencias sociales. Por ejemplo: el racionalismo y funcionalismo, ávidos de objetividad, pretendieron desterrar la subjetividad de todos los análisis sociales, pero la consecuencia de ello no ocasionó más certeza o pulcritud en sus estudios, sino el distanciamiento del y la colocación de altas alambradas al saber religioso y popular. Debimos recibir las duras experiencias de las revoluciones sociales y las terribles masacres de dos guerras mundiales, las luchas de liberación nacional, la Guerra Fría, la guerra de Vietnam, etc., para que diéramos cabida a las propuestas de pensadores un tanto heterodoxos como Antonio Gramsci, Teodor Adorno, Michael Foucault, Emmanuel Levinas, Gilles Deleuze, Max Horkheimer, Ernest Bloch, Fernand Braudel —por citar solo algunos— para dar el sitio que corresponde al sujeto y la intersubjetividad, tan desdeñados *a priori* por el saber científico convencional positivista y cuantificador.

En el contexto posterior a la Segunda Guerra Mundial, la historiografía coronó su trayectoria con la recuperación de experiencias en todo el mundo occidental, arribando con ello a la comprensión más detallada de la modernización y de las contradicciones de las organizaciones sociales. Artes y ciencias como la geografía, la antropología y la psicología recogían enormes frutos en los más diversos objetos de estudio. La epistemología abría cauces apenas oteados y el pensamiento complejo hacía su entrada triunfal de su mano. Con ello recibiríamos los productos de intelectuales importantísimos como Edward Said, Martin Bernal, Walter Mignolo, Michio Morishima, Oliver Sacks, Ilya Prigogine, Edgar Morin, Gayatri Chakravorty Spivak, Gyan Prakash y tantos más, quienes ya habían traspasado los cánones parcelarios decimonónicos.

En nuestra América tuvimos avances importantes. Paulo Freire, Hugo Zemelman, Enrique Dussel, Darcy Ribeiro, Luis de la Peña, Rolando García, Raúl Prebisch, María Concepción Tavares, Ruy Mauro Marini, Germinal Cocho, Pablo González Casanova, etc., habían planteado durante décadas la importancia de pensarnos con cabeza propia, alimentando el pensamiento crítico, y, por supuesto, pensar e investigar para la transformación de la realidad opresiva

de nuestros pueblos. Las huellas del pensamiento latinoamericano más consecuente —que tantos próceres nos legaron desde las luchas independentistas del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX— constituyen la fragua en la que hay que ubicar los aportes de González Casanova. El reto que él nos lanza con su más reciente obra reclama de inicio su ubicación en ese mar de saberes nuestro que se construye en disonancia con los intereses dominantes más conservadores.

Los dramáticos movimientos de la rueda de la historia en la segunda mitad del siglo XX testificaron la desmembración del bloque socialista, el empoderamiento de las elites capitalistas, el dominio unipolar estadounidense, el nuevo reparto del mundo, guerras de baja, mediana y alta intensidad, las fortalezas y debilidades del complejo industrial-empresarial-financiero-militar, la imposición del modelo neoliberal y la reaparición de la resistencia organizada y la lucha de liberación nacional en medio de la brutal y agresiva escalada imperialista en el Kosovo, Afganistán, Palestina e Irak. Procesos que, sin duda, alimentan nuevas maneras de concebirnos y organizarnos como sociedades multiculturales, y que, a la vez, afianzan las seguridades de que otro mundo es posible y que el fin de la historia y el pensamiento único son instrumentos de la dominación ac-

tual, incapaces de mirar los peligros que se ciernen sobre el planeta y la humanidad entera.

La compleja situación mundial y la agresión estadounidense responden también al corrimiento del polo de acumulación mundial del Atlántico norte hacia el Pacífico. El resurgimiento de China y su estrategia de integración en el sudeste asiático —un fuerte atractivo para el poderío japonés— y las recientes incursiones chinas en América Latina son un reto al que los intereses estadounidenses responden con injerencias y ataques unilaterales, sabedores de que son el país más endeudado del planeta, que el dólar ya no es la moneda más fuerte y que las nuevas ciencias y tecnologías pueden ser una salvación. A todos estos fenómenos contemporáneos responde Pablo González Casanova con su provocadora obra al ofrecer miradas epistémicas alternativas, respondiendo al *cómo* metodológico y al *para qué* político, aspectos que constituyan un importante déficit largamente reclamado a nuestros intelectuales latinoamericanos más notables. En torno a tales complejidades señala:

Lo que esta *nueva ciencia* tiene de nuevo no es que estudie a la vez los sistemas simples y complejos, las leyes y las tendencias, los desequilibrios y las organizaciones, o las políticas que unen y combinan el máximo de fuerzas para enfrentar con éxito la situación. Lo que tiene de nuevo es el trabajo tecnicocientífico que, junto con el más profundo pensamiento conservador

sobre totalidades, estudia y construye sistemas complejos, adaptativos y auto-regulados para operar en contextos dinámicos e históricos cuyas contradicciones y desequilibrios debe reestructurar para vencer y sobrevivir y avanzar (p. 126).

Las alusiones a su obra habrán de seguir dándose en todos aquellos lugares donde la necesidad de comprensión y reorganización del saber científico desborde los cauces diseñados para la conservación irrestricta del sistema y no para encontrar alternativas de solución al mismo. No es extraño que Samir Amin desee que el libro sea publicado en todas las lenguas del planeta o que Immanuel Wallerstein afirmase que el libro demuestra la importancia de las ciencias de la complejidad para la liberación. *Las nuevas ciencias y humanidades. De la academia a la política* es una obra imprescindible que habrá de incidir no sólo en la organización del conocimiento sino en la manera de difundirlo, en los medios y formas de transmitirlo. Casi quinientas páginas convocan al saber más avanzado del presente, a la investigación para la acción y la transformación esperanzada del mundo:

Las creencias del pensamiento conservador más culto —afirma González Casanova— en ningún caso han dejado de dialogar y coexistir con las nuevas ciencias. Es más, en los proyectos de justicia social que no pretenden cambiar sino conservar al sistema capitalista, la unión del pensamiento neoconservador y de las nuevas ciencias es indiscutible. En las medidas de “justicia

social” reconocen formas de adaptación del sistema y de sus mediaciones. Lo importante es que de esa unión del pensamiento conservador y las nuevas ciencias se desprenden también experiencias que son particularmente útiles para la búsqueda y construcción de alternativas (p. 338).

Es necesario también aclarar: no es la obra de Pablo González Casanova un pastiche gris, eclecticista de principios del siglo XXI. No me parece que él intente conciliar concepciones del mundo contrapuestas, ni que utilitariamente intente sumas cero e incluso tímidamente muestre profundidades cognitivas y posiciones políticas no logradas. Es desde cualesquier ángulo que se le mire una auténtica enseñanza que responde a la crisis en la que se entrampó el pensamiento consecuente y radical y en la que creyeron la mayor parte de los científicos de finales del siglo XX que habían logrado acomodarse a la sombra del sistema, sea para escalar posiciones burocráticas o para conseguir prebendas de cualquier tipo. Por eso a él no le caben dudas:

Para el pensamiento alternativo, la crítica está articulada con la ciencia, la ciencia con la moral, y una y otra con los actores colectivos, capaces de volver realidad los valores y los intereses de la humanidad. Ciencia, crítica y moral forman parte de las relaciones sociales de dominación y acumulación en que todos participan en los intereses materiales; sólo que unos pensando en el interés personal y de clase, y en la defensa de un sistema de clases y privilegios, y otros proponiendo un sis-

tema alternativo que supere las clases y los privilegios (p. 429).

Por si no hubiese quedado claro a lo largo de toda la obra, González Casanova nos recuerda en el epílogo la dialéctica característica de su pensamiento:

El pensamiento crítico más elemental no puede cometer el error de elaborar "modelos cualitativos y cuantitativos" de liberación, la democracia y el socialismo como si éstas fueran metas de un sistema conservador. Si en algunos casos los marcos conceptuales y los métodos de las nuevas ciencias son útiles para el diseño de proyectos alternativos de sectores y regiones, de organizaciones y redes, en general el pensamiento crítico tiene que incluir los sistemas auto-regulados como parte de la creación dialéctica de los actores colectivos en lucha. Cualquier planteamiento puramente "técnico" o "tecnicocientífico" inutilizará la propia historia de la ética realizada, de las contradicciones vividas, de las experiencias que enriquecen y vuelven más efectiva a la cultura alternativa. Aumentar la capacidad cognitiva de los actores colectivos emergentes, alternativos, implica una pedagogía política de organización y aprendizaje para alcanzar objetivos. En ella por momentos puede considerarse la lógica y la ciencia de los enemigos —incluso la lógica de los clásicos de los enemigos— siempre que se inserte en la lógica y la ciencia de la liberación, la democracia y el socialismo, con sus creadores y sus clásicos (p. 437).

No veremos en mucho tiempo aparecer una obra tan decididamente valiosa. Destejer la trama que la sostiene es una tarea que reclama colaboración interdisciplinaria. Una colaboración, por cierto, alejada de la tradicional creencia de que basta reunir a un conjunto de expertos en torno a un objeto de estudio, para obtener las soluciones reclamadas por la comprensión de la complejidad sociohistórica de nuestros pueblos. Dicha experimentación, convocada por los exaltados espíritus amantes del desarrollo sustentable y el desarrollo regional, ha conducido a la suma cero, pues cada especialidad casi nunca supera los límites impuestos por la división científico-técnica imperante. Ése es el camino ya trillado que nos invita a superar la obra de González Casanova. El compromiso futuro es responder a los retos por él lanzados con responsabilidad ética, histórica y política.

Feliciano García Aguirre
 Instituto de Investigaciones
 Histórico-Sociales,
 Universidad Veracruzana